FAM 20 (1999) 113-118

Sobre la carta del Papa a los ancianos

José Román Flecha Andrés
Universidad Pontificia de Salamanca

Como es bien sabido, en otras ocasiones el Papa ha escrito cartas a los niños, a los jóvenes o a las familias. Todos los años, con motivo del Jueves Santo, escribe una carta a los sacerdotes. En este año 1999, dedicado por las Naciones Unidas al Anciano, el Pontificio Consejo para los Laicos ha publicado un interesante documento titulado *La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el Mundo*. Con este mismo motivo, también Juan Pablo II ha querido sumarse a las múltiples iniciativas que se han llevado a cabo a lo largo del año, escribiendo "su" carta personal a los ancianos.

La carta, firmada el día primero de octubre de 1999, está dividida en ocho partes, que comprenden 17 números. Sin embargo, en esta breve presentación, tratamos de compendiar su contenido situándolo en el marco de los tres pasos que suelen articular nuestras catequesis: la observación de la experiencia, la referencia a la revelación cristiana y el retorno a la realidad social con un propósito renovado de presencia y testimonio.

1. Una mirada a la experiencia

La carta del Papa, en efecto, no encierra un análisis sociológico o estadístico de la situación actual de los ancianos, como tampoco pretende ser una reflexión ética sobre la ancianidad. Es una carta que nos parece incluir y ofrecer las pautas para una catequesis cristiana sobre la ancianidad y una exhortación con más de un destinatario.

De ahí que se puede descubrir entre líneas un esfuerzo, aunque modesto y limitado, por evocar algunos aspectos de la realidad en la que se sitúan las personas mayores.

Al volver su vista a la sociedad, el Papa descubre algunos aspectos negativos y preocupantes, pero también otros datos que posibilitan el renacer continuo de la esperanza.

Universidad Pontificia de Salamanca

1.1. *Datos dolorosos*

Entre los aspectos que podríamos calificar como negativos y que afectan tanto a las personas ancianas cuanto a la sociedad en la que ha transcurrido el ciclo de su vida.

a) Entre las condiciones personales, era ciertamente obligado hacer una referencia a los motivos de sufrimiento que afectan a los ancianos, tanto por razón de su enfermedad cuanto por la soledad en que a veces se encuentran. No es ocioso recordar que esas cruces y tribulaciones ponen a dura prueba la resistencia psicofísica y hasta pueden conmocionar la misma fe.

Tan importante como estos fenómenos físicos y espirituales, es la conciencia de dependencia que se suscita en ellos al comprobar que para la satisfacción de sus necesidades físicas tienen cada vez más necesidad de ayuda.

Junto a estas razones, la carta menciona un dato existencial muy importante: el anciano tiene cada vez más agudizada la conciencia de la fugacidad del tiempo. Largo y tedioso, cuando se contempla su fluir diario, el percibe que el tiempo transcurre veloz y se acaba irremediablemente (n. 2).

b) Entre los acontecimientos y fenómenos históricos y sociales, la carta del Papa recuerda que las personas que en este momento han llegado a la ancianidad han vivido en un siglo marcado por las guerras, la pobreza, una cruel discriminación racial, y una constante violación de los derechos humanos.

Contra lo que se hubiera podido esperar, a finales del siglo XX nos encontramos viviendo en una sociedad pragmática y utilitarista, en la que se corre el riesgo de no valorar a las personas ancianas por considerar que ya no son "útiles" (n. 3).

1.2. *Datos para la esperanza*

Sin embargo, el horizonte no se cierra sobre un pesimismo tenebroso. El Papa recuerda oportunamente que a san Efrén el Sirio le gustaba comparar la vida humana con los dedos de una mano. Todos los dedos, mayores o menores, son dignos y necesarios (n. 5). También lo es la persona, que en todas las circunstancias es siempre imagen y semejanza de Dios. Y la persona anciana puede descubrir hoy, en sí misma y en la sociedad, muchos datos positivos:

a) Algunos de esos datos evocan la situación humana de las personas mayores. Siguiendo a san Jerónimo, recuerda la carta que, atenuado el ímpetu de las pasiones, la persona anciana puede ver acrecentada su sabiduría, puede dar consejos más maduros, y puede ofrecer un gran apoyo a los demás (n. 5). Aunque las condiciones físicas decaigan, el espíritu permanece siempre joven.

Universidad Pontificia de Salamanca

b) Otros datos se inscriben en un marco social. El siglo que estamos a punto de terminar ha estado lleno de muchos avances innegables: se ha despertado una mayor conciencia de los derechos humanos, se va extendiendo una mayor percepción de la dignidad de la mujer, es perceptible la afirmación del derecho de los pueblos al autogobierno, se ha logrado por primera vez un amplio diálogo entre las religiones, se constata el tremendo auge de las comunicaciones sociales, se asiste a una nueva sensibilidad ecológica, el ser humano se puede beneficiar de los asombrosos progresos de la medicina (n. 4).

c) Todavía se mencionan en la carta otros datos que nos invitan a asomarnos al mundo del espíritu y de lo sobrenatural. La carta recuerda que los ancianos pueden, también hoy, infundir ánimo a los demás de muchas formas. En primer lugar, mediante el consejo afectuoso. Después en el ejercicio de su oración silenciosa. Y, por fin, por el testimonio del sufrimiento acogido con paciente abandono (n. 13).

2. Una mirada a la Revelación

Tal vez, gracias a su estilo decididamente familiar, la carta contiene menos referencias literarias que otros escritos. Curiosamente, cita los pensamientos sobre la vejez que nos legaron algunos escritores profanos, como Focílides, Ovidio, Virgilio y Cicerón. Incluye también un pensamiento de Corneille y unos versos del poeta filósofo polaco Cyprian Kamil Norwid (1821-1883), el más original e innovador del siglo XIX, que vivió la mayor parte de su vida en el exilio y es más conocido entre nosotros por su obra poética *Promethidion* (París 1851).

Recuerda, además, a algunos Padres de la Iglesia, como san Juan Damasceno, san Ireneo de Lyon, el Crisóstomo y el Nacianceno y también a san Francisco de Asís. Pero su fuente de inspiración es, sobre todo, la escritura bíblica.

Como se sabe, en casi todos sus documentos importantes, Juan Pablo II suele hacer referencia a un texto bíblico que trata de releer con un estilo sapiencial y meditativo. También en esta carta el Papa es muestra fiel a su estilo. Recuerda, en efecto, que la ancianidad encuentra abundantes referencias y enseñanzas en la revelación, tal como se nos transmite en las Sagradas Escrituras.

2.1. *Antiguo Testamento*

Además de algunas referencias ya clásicas a algunos salmos (Sal 71, 17-18; 90, 10.12; 92, 13.15-16) y otros textos de los libros sapienciales (Qo 1, 2; Eclo 6, 34; 8, 9; 25, 5), la carta recuerda, en primer lugar, las figuras de Abraham y Sara, que, siendo ancianos, recibieron, en Isaac, el don de la vida y la promesa de una descendencia abundante.

Universidad Pontificia de Salamanca

Evocando una antigua tradición, común a los textos bíblicos y a los comentarios judíos, se afirma también que Moisés fue llamado, precisamente en su ancianidad, para dirigir a su pueblo hacia la tierra de la libertad.

La carta recuerda también los consejos que el anciano Tobías ofrece a su hijo, así como la figura heroica de Eleazar, que prefirió el martirio antes que ser infiel a la Ley de Moisés (n. 6).

2.2. *Nuevo Testamento*

Por lo que se refiere al Nuevo Testamento (n. 7), la carta recuerda la figura de Juan, el Precursor del Mesías, que se encuadra en el hogar de los ancianos Zacarías e Isabel.

Ancianos son también Simeón y Ana, que, descritos como profetas, reconocen a Jesús cuando es presentado al templo por sus padres.

El mismo Nicodemo, que acude a Jesús en la noche y se presentará a tiempo para sepultarlo, se pregunta cómo puede un anciano como él volver a nacer a la vida que Jesús anuncia.

Entre los apóstoles, a Pedro le exhorta Jesús a guiar a sus hermanos aun en su vejez (cf. Jn 21, 18), y Pablo da normas a Tito sobre el comportamiento deseable de los ancianos en las primeras comunidades cristianas (Tit 2, 2-5).

Son unos pocos textos, aunque fundamentales para una catequesis cristiana sobre la ancianidad, que es presentada en la Biblia como un "tiempo favorable" para la culminación de la existencia humana (n. 8).

3. Una mirada al futuro

Sin embargo, la carta del Papa no se limita a mirar al mundo y dejarlo tal como lo encuentra. Ofrece también notables sugerencias sociales y pastorales para el futuro de la sociedad y de la Iglesia. A ambas instituciones les recuerda que, si los ancianos han de ser receptores de los servicios sociales, también tienen todavía un puesto y una responsabilidad de servicio.

3.1. *Los ancianos, destinatarios de atención*

Para comenzar, la carta recuerda el cuarto mandamiento del Decálogo: "Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar" (Ex 20, 12; Dt 5, 16). No deja de subrayar que éste es el único mandamiento que contiene una promesa: la de alcanzar una larga vida, símbolo de

Universidad Pontificia de Salamanca

todos los bienes que espera alcanzar el israelita. El mandato de honrar a los padres incluye tres actitudes importantes: la acogida, la asistencia y la valoración de sus cualidades (n. 11.12).

La carta exhorta explícitamente a los jóvenes y a la sociedad entera para que asuman y alienten estas actitudes. Es preciso que la sociedad valore plenamente a los ancianos. Por esa acogida se define y distingue la silueta ética de una cultura. Su misma presencia es ya una llamada a la mutua dependencia y a la necesaria solidaridad (n. 10).

Por lo que se refiere a los ancianos gravemente enfermos, se advierte en la carta contra el peligro de caer en la tentación de una falsa piedad para eliminarlos. La Iglesia recuerda una vez más su postura, tantas veces afirmada, tanto en el Concilio Vaticano II como en la doctrina pontificia posterior y en especial en la encíclica *Evangelium vitae*. Sin especificar muchos detalles, se recuerda que hay que negarse a la eutanasia (la eutanasia activa directa, habría que sobreentender), pero también a una terapia intensiva y desesperada, que suele calificarse como "ensañamiento terapéutico" (n. 9).

La carta se fija también en los lugares habituales de atención a los ancianos. A pesar de las dificultades que puede aportar el urbanismo contemporáneo, el lugar ideal sigue siendo el hogar familiar, donde guardan sus recuerdos y donde se da el encuentro fecundo y cordial entre las generaciones. La sociedad civil y la comunidad cristiana habrán de prestar a la familia la ayuda necesaria para realizar con dignidad este servicio de la acogida a los mayores.

A pesar de esa preferencia, la carta observa que las residencias especializadas para ancianos pueden ser necesarias y útiles en determinados casos en los que de otra forma sería difícil prestarles la asistencia adecuado. En estos casos, las residencias han de estar regidas, ciertamente, por criterios de eficacia organizativa, pero sobre todo por una atención afectuosa.

En este contexto, la carta no deja de incluir una breve exhortación a todos a prestar servicios de voluntariado (n. 13).

3.2. *Los ancianos, agentes del servicio*

Con mucha frecuencia, los ancianos, como otros grupos humanos especialmente desvalidos, son presentados solamente como destinatarios de los servicios sociales. La carta de Juan Pablo II los considera también como sujetos activos en la vida de la sociedad. De hecho, se ha de reconocer que, con su sola presencia, prestan un enorme servicio a la sociedad: son depositarios de la memoria colectiva (n. 9.10).

Por otra parte, la Iglesia no tiene dificultad en admitir que los necesita, por ejemplo, en el ministerio de la evangelización, que con frecuencia ejercen en el hogar. Necesita los servicios que pueden

Universidad Pontificia de Salamanca

prestar en múltiples campos de apostolado. Necesita su oración constante, sus consejos, la oferta del fruto de su experiencia, el testimonio evangélico que ofrecen día tras día a la comunidad (n. 13). Quizá no fuera éste el lugar apropiado, pero sería deseable que en alguna ocasión la Iglesia ofrezca el buen ejemplo de una institucionalización de algunos de esos ministerios de los que pueden ser encargadas las personas mayores.

Además, se subraya en la carta que los ancianos están llamados a ejercer un servicio en favor de ellos mismos. Un servicio holístico y constante. Han de conservar el gusto de la vida. La vida terrena es bella, pero no es el valor último. Por eso los cristianos la han colocado tantas veces entre los dos límites de las letras alfa y omega. Pero la "omega" tiene, a la luz de la fe, un horizonte que trasciende a la misma muerte y profesa la fe en la resurrección (n. 2).

Como era de esperar, no podía faltar en la carta una consideración de la muerte. Es verdad que la muerte constituye un problema humano insoluble y un desgarro, como lo fue para el mismo Jesús. El anciano puede observar, en efecto, que la lista de parientes y amigos se va reduciendo, de forma que experimenta su soledad de una forma cada vez más punzante (n. 14).

> "El límite entre la vida y la muerte recorre nuestras comunidades y se acerca a cada uno de nosotros inexorablemente. Si la vida es una peregrinación hacia la patria celestial, la ancianidad es el tiempo en el que más naturalmente se mira hacia el umbral de la eternidad" (n.14).

Sin embargo, es preciso vivir la vida con fe. "En Cristo, la muerte, realidad dramática y desconcertante, es rescatada y transformada, hasta presentarse como una 'hermana' que nos conduce a los brazos del Padre" (n. 15). En consecuencia, la vejez no puede ser "considerada y vivida como la espera pasiva de un acontecimiento destructivo, sino como acontecimiento prometedor a la meta de la plena madurez" (n. 16).

El cristiano espera activamente, cultivando su espíritu, conservando el gusto de la vida y previendo la muerte como un paso, "un puente tendido desde la vida a la vida, entre la frágil e insegura alegría de esta tierra y la alegría plena que el Señor reserva a su siervos fieles" (n. 16).

No en vano, la carta recuerda que el cristiano suele orar suplicando al Señor: "en la hora de mi muerte, llámame y mándame ir a ti". Ése es, precisamente, el punto de partida de la oración con la que concluye esta afectuosa carta del Papa a los ancianos, en la que da gracias a Dios por los dones que él ha recibido al tiempo que confiesa experimentar la mano providente y misericordiosa de Dios Padre (n. 1).

Universidad Pontificia de Salamanca